

EL MUNDO PINTORESICO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.....	Un mes.	8 rs.
	Tres meses.	20
EN PROVINCIAS.	Un mes (franco de porte).	10
	Tres meses.	24

N.º 9.

6 Junio 1858.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente a la administración libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Revista universal, por D. R. de Negro.—Un bofetón, artículo de peso, por D. M. Tenas.—Abelardo y Eloisa.—Los Compañeros de Jehú, por A. Dumas.—Francisco Zea, prólogo biográfico de sus obras, por D. J. de Castro y Serrano.—El castillo de Carisbrooke, por Z. Rubio.—Apuntes de un día de campo, por D. E. Cánovas.—Los Piratas callejeros, por D. Manuel Fernández y González.—Las locas.
LÁMINAS.—Abelardo y Eloisa.—Retrato de Francisco Zea.—Paseo favorito de la reina Victoria.—Las locas.

REVISTA UNIVERSAL.

ESPAÑA.

—En casi todas las redacciones de los periódicos de Madrid, se ha establecido despacho de las *Obras de Zea*, que acaban de publicarse como decimos en otro lugar. Aquellos de nuestros suscritores que gusten de adquirirlas, pueden hacer el pedido al repartidor que les lleva el *Mundo Pintoresco*, ó pasarse por esta redacción.

—Han terminado las representaciones de la compañía francesa que trabajaba en el teatro de Variedades.

—La correspondencia autógrafa dice lo siguiente: «Merced á la protección que en todos sentidos ha prestado el Sr. Patriarca de las Indias á un fraile exclaustro, residente en la Coruña, está á punto de poner en explotación el invento de un coche de 24 asientos, que se mueve, sube y baja las mas difíciles cuestas sin necesidad de caballos y obedeciendo solo á un movimiento mecánico. El inventor se propone hacer su primer viaje de la Coruña á Madrid el 1.º de julio próximo en 25 horas.» Hasta aquí la publicación autógrafa. En cartas de la Coruña dirigidas á personas respetables de esta corte, se da la misma noticia con la mayor seriedad, asegurando que el carruaje será movido por el vapor.

—Una niña de corta edad, que atravesaba de una acera á otra en la Carrera de San Gerónimo, fué derribada por un carruaje, que le pasó por encima del pecho y la cabeza.

—Han sido nombrados académicos de la Real de arqueología de esta corte los señores conde y vizconde de Losse, personas muy entendidas en la ciencia.

—En el teatro de Novedades, se prepara una traducción del francés, titulada: *Un novio al óleo*. También para el de Jovellanos se dispone una zarzuela de gran aparato escénico titulada: *Proserpina*.

—El día 8 de junio se verificará la solemne inauguración del ferro-carril de Toledo.

—Dícese que S. M. está resuelta á visitar este verano la provincia de Asturias para presentar á la Virgen de Covadonga el príncipe D. Alfonso.

—El ingreso en la Caja de ahorros el domingo último fué de 109,910 reales vellón: la salida de 80,176 reales, 66 céntimos.

—Ha visto la luz un tomo de poesías publicado por el Sr. Valera, oficial de la secretaría de Estado: precedele un elegante prólogo escrito por el Sr. Alcalá Galiano. La falta de espacio y tiempo nos impide emitir hoy nuestro juicio acerca de él.

—Desaparecen en Segovia los casos de viruela: no han sido tan numerosos ni frecuentes como se ha supuesto.

—Don Pedro Vilartofi, rico propietario catalán, ha sido asesinado en las inmediaciones de Figueras.



Abelardo y Eloisa.

—Las obras del ferro-carril de Zaragoza continúan con grande actividad: las de explotación están casi terminadas en 29 kilómetros. Acaso dentro de este año comenzará la explotación hasta Guadalajara.

—Ha llegado ya á esta corte el nuevo representante inglés, Mister Buchanam, acompañado de su señora. El nuevo ministro cuenta una larga carrera, sirviendo á su país en Constantinopla, América del Norte, Rio Janeiro, Petersburgo, Suecia, y últimamente en Dinamarca. Formaba parte de la comisión especial para la abolición de los derechos del *peaje del Sund*.

—Los señores príncipes de Gallizin se han despedido de esta corte con un elegante convite, al que asistieron altos dignatarios diplomáticos. Asegúrase que el ministro ruso no volverá á Madrid, porque nuestro clima perjudica á la salud de su bella esposa.

—Las personas encargadas de levantar el monumento á Murillo desplagan una noble actividad, cuyo resultado será la inmediata realización de tan patriótico designio. El gran pintor sevillano merecía en verdad este homenaje de la admiración y entusiasmo que inspira á los españoles.

—En el certámen abierto por el Ayuntamiento de Madrid para una fuente monumental que recuerde el natalicio del príncipe de Asturias, ha sido premiado un proyecto de D. Tomás de Aranguren.

—Han fallecido en pocas horas el obispo y el dean de la diócesis de Calahorra.

—El mismo día que la reina llegó á Valencia, hizo treinta años que Fernando VII y la reina Amalia visitaron aquella ciudad, de paso para Barcelona.

—El consejo de sanidad se ocupa en redactar un reglamento cuarentenario, para proteger la salubridad pública en nuestros puertos. Buena falta hace.

—Es cada día mas urgente el ensanche de las calles de Cádiz y Sevilla. Obstruida la Puerta del Sol se agolpa allí tanta gente, que el tránsito es peligroso y difícil.

—Matilde Díez y los hermanos Catalina, se habrán embarcado en la Habana á fines de mayo, si bien no llegarán aquí hasta setiembre, pues vienen por los Estados-Unidos é Inglaterra.

—El 1.º de junio se hizo el ensayo de traer hasta el campo de Guardias, las aguas del Lozoya. Por la noche se probó con extraordinario éxito la fuente de la calle Ancha de San Bernardo. La inauguración del canal se verificará probablemente el 13 de junio.

—Parece que en la nueva Puerta del Sol se construirá un salon de conciertos semejante á los que existen en el extranjero.

—No hemos recibido todavía detalles de las fiestas dadas á S. M. en Valencia, ni del baile de la guarnición y la cabalgata nocturna, que han debido ser magníficas. Por eso no les consagramos en este número el espacio que tan importantes sucesos merecen.—La Reina se embarcó en Alicante el día 29 á las tres y media de la tarde, en el vapor *Liniers*, de donde se trasladó al *Francisco de Asis*. Casi toda la noche la pasó S. M. sobre el castillo de popa, contemplando el mar, que iluminado por las luces de Bengala de los barcos, presentaba un aspecto sorprendente. Solamente la nodriza del príncipe de Asturias fué atacada del mareo.—A las diez y media de la mañana

llegó la escuadra real al puerto del Grao, que estaba henchido de gente. SS. MM. se trasladaron á Valencia en un carruaje de los condes de Parcent, y recibieron inmediatamente besamanos. Por razones que no entran en el dominio de nuestro periódico, esta parte del régio paseo ha sido menos riente que la primera.

—La prensa periódica está publicando datos referentes á la cosecha en toda España, de los cuales resulta que es artificial é infundada la subida que se pretende dar á los cereales en el mercado de Madrid.

—Se halla ruinoso el convento de S. Agustín de Sevilla, donde está establecido el presidio. El día 22 del pasado se hundió la bóveda de la iglesia, destruyendo los talleres de lana y espartería de los penados.

—Ha llegado á esta corte el excelente actor D. Pedro Delgado, que viene de trabajar en el teatro de Zaragoza, donde ha sido muy aplaudido.

—Los teatros de Madrid han recobrado esta semana algo de su perdida animación. El *Circo* ha estrenado con éxito felicísimo una comedia titulada *las Mujeres*, tan mal arreglada á nuestra escena, como torpemente elegida por la dirección. El *Circo* está en desgracia, sino con el público, con la literatura. Afortunadamente el miércoles estrenó otra traducción, la centésima de la temporada! obra de mano mas perita. Titúlase *Por la boca muere el pez*, y es su traductor D. A. María Bacarrete, que fué merecidamente aplaudido.—En *Novedades* se ha estrenado *Julieta y Ro-*



mea, del mismo autor, con envidiable éxito asimismo. Obra de verdadera importancia literaria, digna de estudio aunque solo sea para conocer las modificaciones que el arte introduce en las flores del pensamiento al trasladarlas de una zona á otra zona, merece detenido exámen que solo sobre el ejemplar impreso puede hacerse.—La *Zarzuela* ha representado al fin *D. Bruschino*, opereta de Rossini, nunca oída en España. El público se ha familiarizado al punto con sus melodías, lo que prueba que son dignas del autor del *Barbero*. Del libreto mas vale no hablar.

ESTRANJERO.

—El nuevo teatro de Covent-Garden, en Londres, que se inauguró el 15 de mayo, es muy superior al antiguo que fué presa de las llamas en 1836, pero no puede rivalizar con el Teatro Real de Madrid.

—En el teatro de la Reina de Londres, ha cantado con mucho aplauso nuestro tenor Belart, el papel de Almaviva, en el *Barbero de Sevilla*. La Alboni desempeñaba el de Rosina.

—En todo el reino de Nápoles, excepto Sicilia, se ha perdido la cosecha de la seda.

—Se ha ejecutado recientemente en Dublin una ópera nueva del jóven maestro Jorge Towance, titulada *William of Normandy*. Pertenece á la antigua escuela clásica de Alemania, y es un adelanto notabilísimo en los anales musicales del Reino Unido.

—En Bosigivar, cerca de París, ha fallecido Mr. Havas, fundador de la correspondencia que lleva su mismo nombre: tenía 76 años, y hace algunos que se retiró del periodismo, dejando la dirección de las *Hojas* á sus dos hijos. En los primeros años de su vida fué comerciante de no escasa fortuna; pero en las guerras napoleónicas quedó completamente arruinado.

—Los restos mortales de la duquesa de Orleans, cuyo funeral se verificó el 22 de mayo, fueron conducidos á Mistalayo-Weybridge, donde reposan las cenizas del rey Luis Felipe y la duquesa de Nemours. Seguían al fúnebre cortejo muchos carruajes de la casa real de Inglaterra, de la alta aristocracia, del comercio y de particulares, todos de luto. Se notó mucho la ausencia de Mr. Guizot y Duchatel en las visitas de pésame.

—Háblase del próximo enlace del conde de Paris, con la princesa real de Inglaterra, Alicia, hija segunda de la reina Victoria.

—Asegúrase que el puerto de Hall en la costa E. de Inglaterra, es el elegido como intermediario por la compañía de telégrafos trasatlánticos para la trasmisión de los despachos entre la América y el continente europeo. Establécese en la actualidad un cable de cuatro alambres, cerca de Hall, que se comunicará con Valentia, al Oeste de Irlanda.

—No fueron solo tres las víctimas del descarrilamiento del ferro-carril de Alejandría, de que hablamos en nuestro número anterior; fueron veinte, y entre ellos Almuty-bajá hijo del virey de Egipto y dos de los ministros de éste, Kennedy-bajá y Rifaat-bajá.

UN BOFETON.

ARTÍCULO DE PESO.

Antiguamente se creía que un bofetón no servía mas que para insultar á un hombre, acaso para provocar un duelo á primera sangre, ó cuando mas, para hacer salir el color al rostro del que lo recibía.

Esta era la opinion mas generalizada entre nuestros abuelos, quienes, fuerza es confesarlo, eran unos pobres hombres sin pizca de malicia ni *d'esprit*, frase corriente entre los que sabemos algo.

Pero estamos en el siglo de los adelantos y de los descubrimientos.

Eso sí: todos contribuimos con nuestros estudios y observaciones á que la época presente ocupe en la historia del mundo una página, ¡qué página! un tomo en folio donde se vea en caracteres de oro la exuberancia del genio escudriñador que recibimos al nacer.

Nuestros nietos, los hijos de sus hijos y todas las generaciones venideras, no podrán menos de convenir con nosotros en este punto, y el siglo diez y nueve les hará ver entre otras mil cosas, que fué el decimonono de los siglos y que tuvieron que pasar otros diez y ocho para hacer posible su existencia.

Esta sentada, admitamos la especie de que un bofetón puede servir para muchas cosas, de las cuales no tenían noción alguna nuestros antepasados.

En primer lugar, no debemos negarnos nunca á recibir un bofetón; y esto hasta cierto punto es lógico.

¿Qué sabemos si el que le dá tiene intenciones de repetir? La resistencia del que lo recibe ha hecho que acaso traspase el agresor los límites del número singular.

Además la Biblia nos prueba en cierto modo las excelencias de un bofetón, al aconsejarnos que recibido que sea el primero, preparemos la otra megilla por si quisieren secundar.

Esto tambien es lógico.

De noventa y nueve que hicieran la prueba, ni uno solo llevaría el segundo.

Pero esta lógica no entra en mis principios.

Pudiera suceder que llegase yo á formar la escepcion de la regla, lo cual no tendría nada de lisonjero para mis abultados molletes; porque yo soy grueso, lectoras mías, y ya que la ocasion se me presenta, os diré que lo soy hasta la obesidad.

Vuelvo, pues, á mi asunto.

En nuestro teatro hemos visto ya una muger que se considera dichosa al recibir un bofetón; que hubiera dado dinero por él, y que se lamenta la infeliz porque su marido es demasiado amable y no quiere complacerla.

Ved aquí una contradicción que proporciona asunto para muy graves consideraciones.

1.^a Un marido puede ser y no ser amable al mismo tiempo.

2.^a Una muger que llora amargamente porque su esposo no quiere hacerla llorar.

3.^a El pugilato aplicado al sétimo sacramento.

4.^a Un marido á quien se le dá el pié para que mueva la mano.

Y otra infinidad, que por no ser prolijo me abstengo de enumerar, y que darian argumento suficiente para otros tantos dramas con los que un empresario podía hacer fortuna.

Abordemos la cuestion.

Yo tengo un amigo.

Un escritor de la escuela escéptica haría en este sitio una llamada, poniendo debajo *rara avis*.

Con esto demostraría dos cosas; que habia estudiado latin y que no sabia traducirle.

Mi amigo se llama Cándido, y tiene mas de su nombre que otro cualquiera.

Figuraos...

No; vale mas que no os figureis nada, y yo me entiendo.

Quiero ahorraros el disgusto de que leais su retrato.

Pues señor, este amigo mio, que se llama Cándido y que lo es, vino hace pocos dias á visitarme.

—¿Haces algo de bueno? le pregunté.

—Sí; me he casado y aquí te traigo los dulces, me contentó poniendo sobre mi mesa un gran cuorucho de papel con cinta de seda.

¡Digo si es candidez!

—Mi boda, prosiguió encendiendo un cigarro, es lo que se llama un bonito negocio, examinando la cuestion en el terreno de las conveniencias. Mi muger es propietaria; tiene haciendas en Galicia, y probablemente será elegido diputado.

—Sigue, Cándido.

—Pero lo que te sorprenderá, admirará y conmovirá es la manera original y rara de casarme.

—¿Hombre! ¿Qué dices? le interrumpí. Se han introducido modificaciones en...

—Escúchame: mi muger se llama Tadea: este nombre quiere decir algo. La conocí en el Retiro echando pan á los patos, en una mañana de junio... ¡Esto es poético! Yo estaba á su lado viendo la operacion: empezaba á enamorarme; nuestros colores se tocaban: su aliento resbalaba por mi megilla izquierda. ¡Qué feliz era yo entonces! De repente su faz se anubla; enarboló el brazo derecho, me da un fuerte bofetón... y caigo al suelo. ¡Qué bofetón aquel, amigo mio! Digno del circo romano y de la escuela inglesa. ¡Oh! ¡las gallegas saben saouir! «Ya la dió, ya la dió.» Decía su padre á voz en grito. Yo creyendo que aludía á la bofetada no pude menos de convenir en ello, y una muela que tenia fuera de la boca vino á corroborar su opinion. Cuando recordé el sentido me ví en un coche de alquiler. Mi cabeza descansaba en un hombro de Tadea, y su mano, aquella mano tan pesada por mi desgracia, apartaba con solícito cuidado de mi enardecida frente un mechón tenaz de mi rubia cabellera. Entonces empezaron las disculpas de parte del papá que es un oficial cosante de loterías.—«La niña padece de

accidentes y ataques nerviosos»—me dijo,—y cuando la dá... Yo entonces me llevé la mano á la boca y comprendí que el ataque de aquel dia habia influido muy directamente en mis quijadas; que otro acceso semejante condenaría á mis dientes á la mas terrible emigracion, y que la mano de Tadea se asemejaba y no poco á la llave inglesa del mas afamado dentista. Pero; ¡ay de mí! ¡Yo estaba herido de muerte! Condugéronme á casa, y me ofrecieron la suya, y aun cuando yo estaba echando las muelas, como vulgarmente se dice, no pude menos de mostrarme agradecido á las ofertas del papá y sensible á los encantos de la niña. Volví á verla; me declaré, fui admitido, y un dia me presenté al papá con frac negro y chaleco blanco, á fin de que me concediera su permiso para llamarle suegro. A causa de un fatal recuerdo no me atreví á mezclar en mi amorosa demanda la frase sacramental de —«solicito la mano de fulanita.» Creo que mis labios no hubieran podido abrirse para dar paso á semejantes palabras. En fin, lo cierto es, que en el dia soy el mas afortunado de los maridos, aun cuando he perdido una muela al asegurar mi dicha.

Así concluyó Cándido su extraño relato.

¿Habrá quién dude aun de las ventajas de un bofetón recibido á tiempo? ¿Quién no se convence del cúmulo de felicidades que puede proporcionar?

Si las condiciones del periódico no me lo impidieran y la vela que me alumbró no tocara á su conclusion, me entregaría á una multitud de reflexiones mas ó menos filosóficas sobre la teoría del bofetón.

Confieso á mi vez que semejante sistema de conquistar el cariño de uno, esa telegrafía eléctrica de la pasión y ese pugilato amoroso que ejerce su maligna influencia en el individuo sometido á sus procedimientos, no es muy de mi agrado.

Pero la historia de Cándido habla mas alto que los mezuquinos escrúpulos de mis sonrosadas megillas.

Además, estoy seguro de que hay entre mis lectoras manos tan coquetamente bonitas, que casi... sin oasi no harian ocer en la tentacion... de besarlas.

MANUEL TENAS.

ABELARDO Y ELOISA.

No crean nuestros lectores que vamos á referirles por milésima vez la historia de estos célebres amantes. ¿Qué niño no se ha soltado á leer en las apasionadas cartas del filósofo de París, tan admirablemente traducidas por nuestro inolvidable Mauri? ¿Qué doncella española no ha envidiado mas de una vez la desdichada fortuna de aquella sin par Eloisa, que mereció el amor del hombre mas distinguido de su época.

Ni tampoco en nuestro pais debemos admirarnos del pernicioso influjo que en los amantes franceses ejercieron las pasiones, ni menos ponderar la poética belleza que dieron á sus nombres, que el pais de los amantes de Teruel nada bello, nada grande puede admirar. Vamos únicamente á lamentarnos de que por lo mismo que España es tan fecunda que no rinde vasallage á ninguna nacion extranjera, las artes españolas no se consagren con mas ardor á reproducir y eternizar por medio de sus obras los grandes hechos de nuestra existencia pasada. Nunca las artes extranjeras hacen punto en reproducir y eternizar por todos los medios imaginables á sus hombres célebres, mientras nosotros en nuestro escaso movimiento intelectual, apenas consagramos la atencion á objetos tan dignos de ella.

En Francia Abelardo y Eloisa están en todas partes; hasta la religion les ha consagrado un recuerdo y un lugar, que acaso no merecen, en el cementerio del P. Lachaise, mientras nuestra poética Isabel de Segura y nuestro bizarro Diego Marcella, una sola vez han pasado ante nuestros ojos resucitados por la vara mágica del arte, gracias al genio poético de ese delicioso encantador que se llama Hartzembusch. Hoy los franceses acaban de dedicar á su Abelardo y Eloisa un nuevo monumento mas bello que todos los anteriores y que está destinado á reproducirse con todas las aplicaciones que la pueden dar las artes modernas, pues es un grupo en yeso presentado en la esposicion de 1857 y que muy pronto estamos seguros, figurará en las porcelanas, en los relojes y en todos los adornos de un tocador de buen tono, pues es de delicadísima belleza, como pueden apreciarlo nuestros lectores por la lámina que damos en otro lugar.

¿Cuándo llegará el dia en que las artes españolas hagan lo mismo, y sean tan conocidos nuestro héroes populares, como lo son en Francia Abelardo y Eloisa, gracias á los infinitos medios que la vida moderna proporciona!

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ,

POA
ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR D. SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS

Y

D. FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

Se reunió el consejo de los mayores, como se acostumbraba en las circunstancias serias.

El consejo decidió que ninguno de ellos podía batirse con un niño, pero que, puesto que Luis se obstinaba en considerarse como un joven, Valence le diría delante de todos sus compañeros que había hecho mal en tratarle como á un niño y que en adelante lo consideraría como á un joven.

Se envió á buscar á Luis, que esperaba en el cuarto de su amigo; y se le introdujo en la sala en medio del círculo que formaban los jóvenes alumnos.

Allí, Valence, á quien sus camaradas habían dictado una especie de discurso largamente debatido entre ellos para poner á salvo el honor de los mayores, declaró á Luis que había sentido mucho lo que había sucedido, que lo había tratado según su edad, y no según su inteligencia y su valor, suplicándole que escusara su ligereza y dándole la mano en señal de olvido.

Pero Luis meneó la cabeza.

—«He oído decir un día á mi padre, que es coronel, replicó, que el que recibía un bofetón y no se batía era un cobarde. La primera vez que lo vea le preguntaré si el que dá el bofetón y se escusa para no batirse, no es mas cobarde que el que lo ha recibido.»

Los jóvenes se miraron; pero la voz general se pronunció contra un duelo que hubiera parecido un asesinato, y todos por unanimidad, incluso Bonaparte, aseguraron al niño que debía contentarse con lo que le había dicho Valence, siendo el resumen de la opinión general.

Luis se retiró pálido de cólera, y mostrando enfado á su amigo, el que decía con una imperturbable seriedad, había abandonado los intereses de su honor.

Al día siguiente, en la lección de matemáticas de los mayores, Luis se deslizó en la sala de estudio, y mientras que Valence hacía una demostración en el encerado, se acercó á él sin que nadie lo notase, se subió sobre un taburete, á fin de alcanzar á la altura de su rostro, y le devolvió el bofetón que había recibido la víspera.

—Así, dijo, quedamos iguales y tengo además tus escusas porque yo no te las daré, puedes estar seguro.

El escándalo fué grande, el hecho pasó en presencia del profesor, que se vió obligado á dar parte al gobernador de la escuela, el marqués Tiburcio Valence.

Este, que no conocía los antecedentes del bofetón recibido por su sobrino, hizo venir al delincuente á su presencia, y después de un terrible sermón, le anunció que no formaba ya parte de la escuela, y que en el mismo día debía estar listo para volver á Bourg, junto á su madre.

Luis le contestó que en diez minutos haría su lío, y en un cuarto de hora estaría fuera de la escuela.

Del bofetón que había recibido no dijo ni una palabra. La respuesta pareció mas que irreverente al marqués Tiburcio Valence; de buena gana hubiera enviado al insolente por ocho días al calabozo; pero no podía á la vez encerrarlo y echarlo.

Se le puso un celador que no debía dejarle, sino después de haberlo puesto en el coche de Macón, y se avisó á Mme. de Montrevel para que fuera á recibir su hijo á la bajada del coche.

Bonaparte encontró al joven seguido del celador, y le pidió una explicación sobre aquella especie de guardia adherida á su persona.

—Te lo contaría si fueras aun mi amigo, respondió el niño; pero no lo eres ya. ¿Qué te importa lo que me sucede de bueno ó de malo?

Bonaparte hizo una seña al celador; quien, mientras Luis hacía su pequeña maleta, fué á hablarle á la puerta.

Entonces supo que el niño estaba expulsado de la escuela.

La medida era grave: desesperaba á una familia entera, y rompía quizás el porvenir de su joven camarada.

Con aquella rapidez de decisión que era uno de los signos característicos de su organización, tomó el partido de pedir una audiencia al gobernador, recomendándole mucho al celador que no apresurase la marcha de Luis.

Bonaparte era un excelente alumno, muy querido en la escuela, muy estimado del marqués Tiburcio Valence, y procuró absolver á Luis.

—¿Es cierto lo que me contais? preguntó el gobernador. Interrogad á vuestro mismo sobrino, me atenderé á lo que os diga.

Se envió á buscar á Valence que supo la expulsión de Luis, y venía él mismo á referir á su tío lo que había pasado.

Su relación estuvo enteramente conforme con la del joven Bonaparte.

—Está bien, dijo el gobernador; Luis no partirá, vos sois quien partireis; estais en edad de salir de la escuela.

Y llamando al punto:

—Que me traigan el cuadro de las subtenencias vacantes, dijo al plantón.

El mismo día fué pedida con urgencia una subtenencia al ministro, para el joven Valence.

Aquella misma tarde partió para reunirse á su regimiento.

Fué á despedirse de Luis, al que abrazó mitad de grado, mitad por fuerza, mientras que Bonaparte les tenía las manos.

El niño recibió el abrazo de mala gana.

—Está bien por ahora, dijo; pero si nos volvemos á encontrar, que tengamos ambos la espada al cinto...

Un gesto de amenaza acabó su frase.

Valence partió.

El 10 de octubre de 1785, Bonaparte recibió un despacho de subteniente de los cincuenta y ocho que Luis XVI acababa de firmar para la Escuela militar.

Once años mas tarde, el 15 de noviembre de 1796, Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, á la cabeza del puente de Arcola, que defendían dos regimientos de croatas y dos piezas de cañón, viendo diezmar sus filas por la metralla y la fusilería, sintiendo la victoria vacilar entre sus manos, y alarmado por la indecisión de los mas bravos, arrancó de los crispados dedos de un muerto una bandera tricolor y se lanzó en el puente, exclamando: «¡Soldados! ¿no sois ya los hombres de Lodi?» Cuando vió que se le había adelantado un joven teniente que le cubría con su cuerpo.

No era esto lo que deseaba Bonaparte; quería pasar el primero, y si hubiera sido posible, pasar solo.

Agarró al joven por el faldón de su casaca y tirándole hacía atrás:

—Ciudadano, dijo, tú no eres mas que un teniente, yo soy general en jefe; ¡paso á mí!

—Es muy justo: contestó este. Y siguió á Bonaparte en lugar de precederle.

Por la tarde, al saber que dos divisiones austriacas habían sido completamente destruidas, al ver los dos mil prisioneros que había hecho, al contar los cañones y las banderas cojidas, Bonaparte se acordó de aquel joven teniente que encontró delante de él cuando creía no tener mas que la muerte.

—Berthier, dijo; dá la orden á mi ayudante de campo Valence, de buscar un joven teniente de granaderos, con el cual he tenido una reyerta esta mañana en el puente de Arcola.

—General, respondió Berthier balbuceando; Valence está herido.

—En efecto, no lo he visto hoy. Herido, ¿en dónde? ¿de qué manera? ¿en el campo de batalla?

—No, general; ha tenido ayer un desafío y ha recibido una estocada en el pecho.

Bonaparte frunció las cejas.

—Sin embargo, se sabe que no me gustan los duelos; la sangre de un soldado no es suya, es de la Francia. Dá la orden á Muiron.

—Ha muerto, general.

—A Elliot, en ese caso.

—Ha muerto tambien.

Bonaparte sacó un pañuelo de su bolsillo, y lo pasó por su frente inundada de sudor.

—Entonces á cualquiera, pues quiero verle.

Ya no se atrevía á nombrar á nadie, temeroso de oír todavía resonar aquella fatal palabra:

«Ha muerto.»

Un cuarto de hora después, el joven teniente fué introducido en su tienda.

La lámpara no arrojaba sino un débil resplandor.

—Aproximaos, teniente; dijo Bonaparte.

El joven dió tres pasos, y entró en el círculo de la luz.

—¿Sois vos, continuó Bonaparte, el que queriais esta mañana pasar antes que yo?

—Era una apuesta que había hecho, general, respondió

alegremente el joven teniente, cuya voz hizo estremecer al general en jefe.

—¿Y yo os la he hecho perder?

—Tal vez.

—¿Y cuál era esa apuesta?

—Que hoy seria nombrado capitán.

—Habeis ganado.

—Gracias, general.

Y el joven se lanzó como para apretar la mano de Bonaparte; pero de pronto hizo un movimiento hácia atrás.

La luz había iluminado su rostro durante un segundo; aquel segundo bastó al general en jefe para observar el rostro como había notado la voz.

Ni el uno ni la otra le eran desconocidos.

Buscó un instante en su memoria; pero encontrólala rebelde.

—Yo os conozco, dijo.

—¿Es posible, general?

—Sí; solamente que no puedo recordar vuestro nombre.

—Os habeis manejado de manera, general, que no es fácil olvidar el vuestro.

—¿Quién sois?

—Preguntádselo á Valence, general.

Bonaparte dió un grito de alegría.

—¿Luis de Montrevel dijo:

Y abrió sus brazos.

Esta vez el joven teniente no tuvo reparo en arrojarle á ellos.

—Está bien, dijo Bonaparte, harás ocho días el servicio de tu nuevo grado, para que se habitúen á verte en los hombros las charreteras de capitán, y luego reemplazarás á mi pobre Muiron como ayudante de campo.

—¿Otra vez! dijo el joven haciendo ademán de abrir los brazos.

—¡Oh! ¡já fé que sí! dijo Bonaparte con alegría.

Y reteniéndolo contra sí después de haberlo abrazado por segunda vez:

—¡Ah! ¿has sido tú por ventura el que has dado una estocada á Valence? le preguntó.

—¡Diantre! general, contestó el nuevo capitán y futuro ayudante de campo, estabais allí cuando lo prometí; un soldado no tiene mas que una palabra.

Ocho dias después, el capitán Montrevel hacia el servicio de oficial ordenanza cerca del general en jefe reemplazando el nombre de Luis, malsonante en aquella época, por el seudónimo de Roland.

Y el joven se consoló de no descender ya de San Luis, haciéndose sobrino de Carlomagno. Nadie tenía reparo en llamar al capitán Montrevel Roland en vez de Luis, desde el momento en que Bonaparte lo bautizó con este nombre. Roland hizo con el general en jefe la campaña de Italia, y volvió con él á París, después de la paz de Campo-Formio.

Cuando se decidió la expedición de Egipto, Roland que por falta del general de brigada Montrevel, muerto en el Rhin mientras que su hijo combatía en el Adige y el Minicio, estaba con su madre, fué designado uno de los primeros por el general en jefe para tomar plaza en la inútil pero poética cruzada que emprendía.

Dejó á su madre y á su hermana Amelia, y á su joven hermano Eduardo en Bourg, ciudad natal del general Montrevel; habitaban una linda casa á tres cuartos de legua de la ciudad, es decir, en las Fuentes-Negras, á la cual se daba el nombre de Castillo y que, con una granja y algunas centenas de yugadas de tierra situadas en los alrededores, formaba toda la fortuna del general; seis ó ocho mil libras de renta poco mas ó menos.

La marcha de Roland á aquella expedición peligrosa fué un gran dolor para la joven viuda; la muerte del padre parecia presagiar la del hijo, y Madame Montrevel, dulce y tierna criolla, estaba lejos de tener las ásperas virtudes de una madre de Esparta ó Lacedemonia.

Bonaparte, que amaba á su antiguo camarada de la Escuela militar con todo su corazón, le permitió reunirsele en Tolon en el último momento; pero el temor de llegar demasiado tarde, impidió á Roland aprovechar el permiso en toda su extensión. Dejó á su madre prometiéndole una cosa que no podía prometer, que era no esponerse sino en los casos de absoluta necesidad, y llegó á Marsella ocho dias antes que la flota se diera á la vela.

No es nuestra intención hacer una relación de la campaña de Egipto como no la hemos hecho de la de Italia. No diremos sino lo que sea absolutamente necesario para la inteligencia de esta historia y para desenvolver el carácter de Roland.

(Se continuará)

FRANCISCO ZEA.

PRÓLOGO BIOGRÁFICO DE SUS OBRAS (1).

El 10 de agosto de 1887, ocho días después de la muerte del poeta cuyas obras salen hoy á luz, reunidos en la *Tertulia del Sr. Cruzada Villaamil* (modesto círculo literario adonde periódicamente concurren todos cuantos desean prestar atención ó apoyo á la juventud que en Madrid se dedica al cultivo de las bellas letras); reunidos en la tertulia del señor Cruzada Villaamil cerca de cien individuos, jóvenes los mas, uno de ellos, el último sin duda, pero á quien circunstancias especiales colocaban esta vez entre los primeros, sacó un papel que habia trazado bajo la dolorosa impresión de la desgracia que lamentaban todos, y leyó los siguientes conceptos:

«He deseado (dijo) que nos reuniésemos aquí, para celebrar el único oficio de difuntos que puede ofrecerse á los cristianos pobres. Si el muerto á quien vamos á honrar hubiera sabido adquirirse, poco importan los medios, una insolente fortuna, no nosotros, sino las clases mas elevadas de la sociedad hubieran acudido esta noche al templo, para rendir allí entre el humo del incienso, el resplandor de los blasones y las armonías fúnebres de una teatral orquesta, el último homenaje al orgullo de aquel que hasta en la tumba habia querido adornarse con terciopelo y oro. Pero como el joven cuya memoria vamos á honrar no conoció mas que la miseria; como la única fortuna que supo adquirir fué la admiración y el cariño de sus amigos, por eso no doblan las campanas, por eso no deslumbran los cirios, por eso no salmodian los sochantres. Pero ¿qué importa? ¿Acaso agradecerá Dios mas aquellas apariencias en que suele reinar el indiferentismo, que estas realidades á que el alma se asocia tan espontáneamente? — Sirva, pues, de clamor nuestro sincero duelo; haga veces de antorcha la luz de la virtud que vamos á exponer, y formen el coro de los cánticos, los suspiros que emanan de nuestro corazón. — Este será un funeral menos religioso, pero mas santo.

Hoy hace ocho días que España perdió un gran poeta, cuya desgracia ha sido tal, que ni aun su patria sabe que lo ha perdido; hoy hace ocho días que la sociedad perdió un hombre honrado, cuyas virtudes deben proclamarse para modelo de justos; hoy hace ocho días que la juventud lite-

raria de Madrid perdió uno de sus mas esclarecidos representantes; hoy hace ocho días que una numerosa y pobre familia lo perdió todo: en ese día, solo el cielo ha ganado un mártir. — Pido aquí un momento de atención para que cuantos me escuchan declaren escasas mis quejas y mezquinos mis elogios.

Francisco de Zea ha bajado al sepulcro, habiendo recorrido antes de los treinta años toda la carrera de los infortunios. Los amigos, que al saber su muerte casi repentina, fueron el sábado pasado á la parroquia de San Martín para despedirse de su cadáver, no pudieron verlo porque estaba encerrado en la bóveda y sin luz: *Así se entierra á los pobres!* Tales fueron, y con harta razón, las palabras del guarda de la iglesia. Francisco Zea ha muerto como nació, como vivió, como escribió: olvidado de los hombres, y, aun

patriado, donde García Gutiérrez gana el sustento de oficial de Hacienda pública y donde Hartzembusch ordena libros en los estantes de una biblioteca; que harta desgracia es, repito, en un país donde se oye con asombro y hasta con incredulidad, que se vendan en cuarenta y ocho horas ocho mil ejemplares de un tomo de poesías líricas (Victor Hugo), y que se honre la muerte de otro autor de versos (Beranger), con mas pompa particular y oficial que la muerte de un rey: no fué esa sola la desgracia de Zea, sino el nacer infortunado, el nacer hombre, el nacer.

Su padre era un maestro de armas célebre en Madrid. Dedicado exclusivamente al ejercicio de su profesion carecia de otras dotes harto necesarias, y comenzó por desconocer las inclinaciones naturales de su hijo único. Después de haberle educado en los primeros rudimentos de las huma-

nidades, y sin consultar otros antecedentes, lo llevó á su lado para enseñarle el manejo de las armas, con ánimo de que á su vez lo transmitiese á otros por dinero. El buen hombre ignoraba que las profesiones no las escogen los padres ni los hijos; que las profesiones las designa Dios.

Zea, pues, se halló, al sentir las primeras emociones de su númen poético, con una profesion material y guerrera, que contrariaba abiertamente sus instintos de dulzura y de paz. Todos los momentos que el ejercicio de la espada y el sable le dejaba libres, y aun todos los que él podía robar á la severa pertinacia de su maestro, los empleaba en aprender de memoria á Herrera, á Garcilaso, á Fray Luis de Leon, sus poetas predilectos, cuyas obras se habia adquirido á costa de privaciones de muchacho. No parecia sino que su alma necesitaba una compensación casi material del rudo trabajo á que se la obligaba, segun las huellas que ese mismo trabajo dejaba impresas en su fisonomía. Cada noche al mirarle sus amigos, aprendíamos en su rostro si aquel día habia peleado mas ó habia leído menos.

Esta lucha constante de contrariedades y sobresaltos, pues la lectura y los papeles constituían su tormento doméstico, influyó bien pronto en el carácter del poeta. Sus primeros versos eran sencillos, puros, apacibles, copia casi del dulcísimo maestro á quien admiraba, y que al transmitirle los dotes de su sensibilidad le transmitía las galas de su lenguaje. Pero á medida que Zea se

hacia tirador de armas, bien que por fuerza, los ecos de su lira se iban enruediendo; y las composiciones que salían de su pluma participaban de esa dualidad inconcebible á primera vista, y que constituye, sin em-



cuando aparentemente, hasta olvidado de Dios. El habrá sabido después recompensarle.

Y no fué solo la desgracia de Zea el haber nacido poeta, que harta desgracia es en un país donde Zorrilla vive es-

(1) Preciosamente impresas á costa del Estado en la Imprenta Nacional han visto la luz en estos días las *Obras de Francisco Zea*, en un grueso volumen que comprende sus poesías líricas, sus dramas, su inimitable entremés *El Diablo Alcalde*, y sus sabrosos artículos críticos y de costumbres, tan conocidos como ensalzados de los amantes de las letras. Acompañan á esta edición el sentido prólogo que hoy adorna nuestras columnas, escrito por don José de Castro y Serrano, y un juicio crítico del poeta, hecho por don Eulogio Florentino Sanz. — Amigos nosotros y admiradores del cantor de *Cabrera* y del *Incendio*, bien hubiéramos querido consa-

grar algun tierno recuerdo á su memoria, cumplir por nuestra parte aquella lúgubre profecía que se hizo á sí propio en su *Oda al 1.º de Noviembre*:

Vendrá á mi abandonada
lóbrega tumba, indiferente el hombre:
¡quizá una mano amada
sobre mi urna olvidada
pondrá una flor y ensalzará mi nombre!

Pero nos ha parecido preferible á todo trabajo crítico ó biográ-

fico, que siendo nuestro habia de ser forzosamente inferior al asunto, el del Sr. Castro y Serrano, que sobre presentarnos al poeta bajo los dos aspectos, comprende asimismo la relación, para las letras tan honrosa, de lo que ha hecho en pró de su infeliz hermano la *Tertulia de Cruzada*, ese fecundo plantel de jóvenes escritores, destinado quizás á servir de núcleo á una gran familia literaria, que por primera vez habrá existido en nuestro país. — No cerraremos sin embargo esta nota, antes de encarecer á nuestros lectores la adquisición de las *Obras de Zea*, que adornarán de hoy mas todas las bibliotecas españolas.



lit. de J. J. Martínez editor.

S. A. R. EL PRINCIPE DE ASTURIAS.
EN TRAGE DE CAZADOR DE MADRID.

Regalo á los suscritores á el periodico el Mundo Pinloresco.



bargo, el carácter especial que hoy ostentan sus obras.

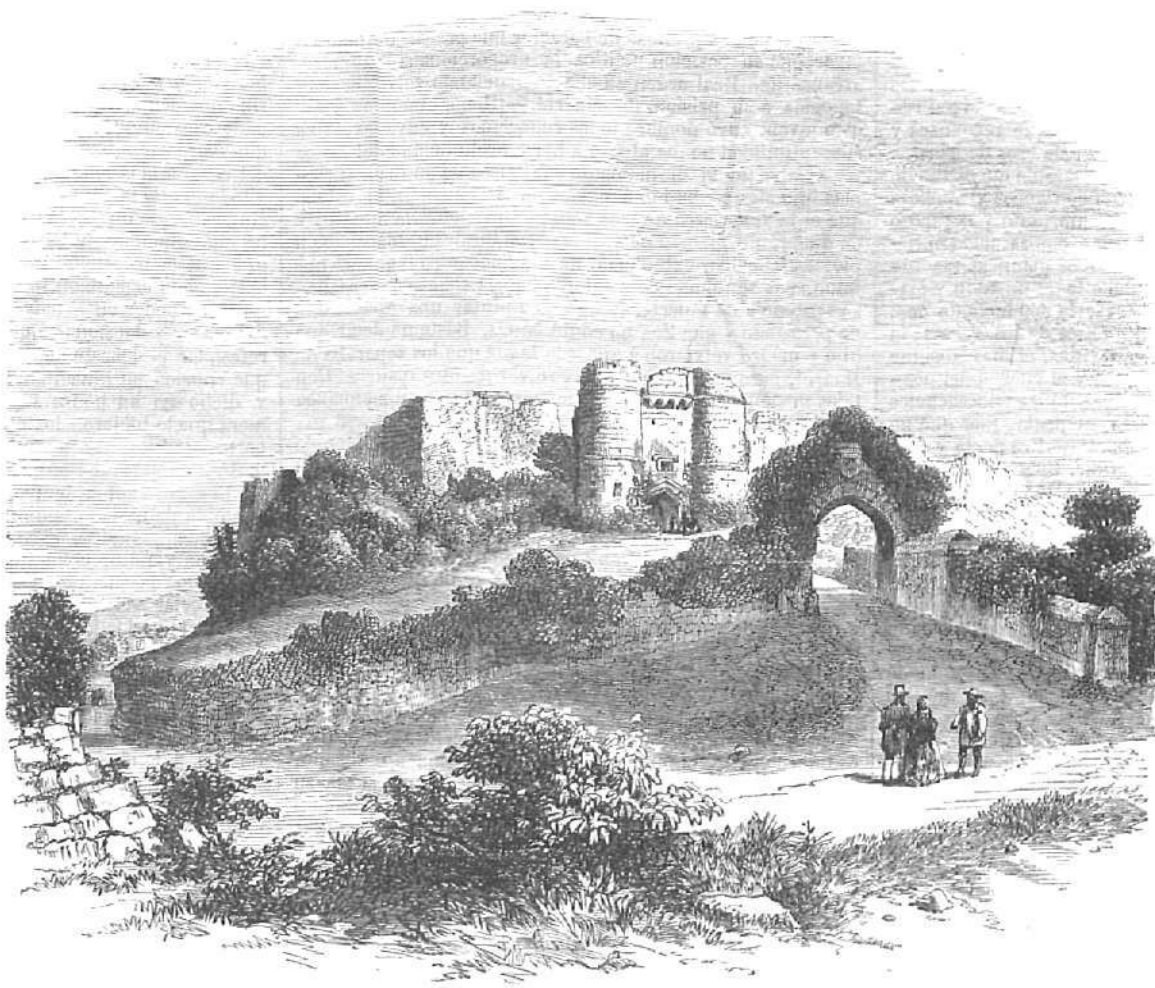
Meditabundo por lo común, triste casi siempre, á pesar de sus pocos años, Zea compartía el tiempo entre el estudio de los clásicos españoles, las lecciones de esgrima y el trato de sus amigos íntimos.—Había por entonces en Madrid (nos referimos á 1846) una reunion literaria casi vergonzante, adonde concurrían, sin saber por qué, la mayor parte de los jóvenes que diez años mas tarde han conseguido un puesto ventajoso en lo que se llama república de las letras. Nadie había formado el núcleo de la reunion del café del Recreo; nadie presentaba á nadie; ninguno de los concurrentes era amigo anterior, ni condiscipulo de los otros: la tertulia estaba allí, porque estaba; era, porque era. Allí concurría Florentino Sanz, Mariano Cazorro, Antonio Trueba, Ventura Ruiz Aguilera, Antonio Cánovas, Manuel Fernandez y Gonzalez, Antonio Hurtado, Eduardo Asquerino, José Albuérne, Ceferino Suarez Bravo, Rafael Galvez Amandi, Antonio Arnao y algunos otros; allí se dió á conocer Francisco Zea.

Poco tiempo tardó en ocupar uno de los primeros puestos de la reunion, pues aun cuando era modesto, y nada intrigante, y naturalmente justo y bondadoso, son tales las tertulias en que sirve de base el entendimiento y las dotes del alma, que allí donde residen en mayor cantidad, allí vienen á prosternarse involuntariamente los que concurren. Zea principiaba á darse á conocer al público con el poder de su lozana inspiracion y la ayuda de sus cariñosos amigos, cuando tuvo la desgracia de perder á su padre. Sus infortunios desde entonces, pueden reducirse á uno solo: unaagonia de diez años. Zea se encontró á la cabeza de su casa, en ruina ya, y con una madre anciana y enferma que sostener. Olvidóse de los versos, como debía hacerlo en un pais que no los quiere ni aun de balde, y se dedicó á la esgrima. Pero la fama y la clientela de su padre, habian muerto con él; las dotes de tirador que heredó el hijo no eran las dotes de maestro; el uso de las armas de adorno iba decayendo en Madrid; la necesidad sobre todo, era apremiante para Zea, y todas las puertas debían cerrársele, como acontece por lo común. Tras el dolor de una pérdida irreparable, la lucha; tras la lucha, la miseria.

Sus amigos veíamos entonces á Zea en el estado mas lastimoso. El, el autor de la elegía *A la inspiracion*, el autor de la *Oda á Cabrera*, el cantor de *Lista*, el émulo de Zorrilla, halagado y admirado por éste entre los trasportes del mas sincero cariño; él, poeta reconocido y aclamado por todos, marchaba cada día, con las señales del sufrimiento en sus ojos, á dar lecciones de sable á los cabos y sargentos de un escuadrón. Era este el solo recurso que le restaba.—Porque Zea era poeta y no otra cosa; porque aun cuando habia cantado á Cabrera, al único genio verdaderamente poético de la guerra civil, él no era carlista ni guerrero, y no podia ni queria llamar á la puerta de los absolutistas; y como no era liberal ni político, no podia ni queria llamar á las puertas de un periodismo militante, para el que no hubiera servido; y como no era nada de esto, no tenia proteccion de nadie, ni nadie se acordaba de él, ni nadie le buscaba para nada. Su sinceridad, su honradez, su hidalguía eran grandes obstáculos para todo. ¿Quién se vale de un hombre de bien, es decir, de un hombre inútil? Zea principiaba por decir á todo el mundo que no habia sido educado ni para las ciencias, ni para las artes, ni para la industria, ni para el comercio, ni aun para su misma profesion, en lo cual decia la verdad; ni aun para el ejercicio de las bellas letras, en lo cual mentia modestamente.

Con tales declaraciones hechas *motu proprio* en una época en que todo el mundo sirve para todo; en que cualquiera es lo que quiere ser con tal de que lo proclame osadamente; donde la suma de impudores individuales constituye esa impudencia general al abrigo de la cual cada uno consentimos que el primer *quidam* se proclame lo que quiera, siempre que á nuestra vez consentan esos *quidam* que nos titulemos como nos dé la gana; con tales declaraciones hechas en semejante época, ¿qué le esperaba á nuestro pobre amigo?—Lo que tuvo, lo que soportó con heroica entereza: hambre y desnudez para el cuerpo; desesperacion y luto para el alma.

Zea no cantaba; no sabia, no acertaba á cantar. Porque los pájaros entonan sus melodías en libre y tranquila posesion de los campos, bajo la sombra de enramadas frescas,



Paseo favorito de la Reina Victoria.

sumergidos en el delicioso baño de una brisa primaveral henchida de perfumes, ó saltando de mata en mata con infantil descuido, mientras descende majestuosamente el sol de un otoño sin nubes; pero cuando la mano del hombre aprisiona á ese pájaro y le encierra en una jaula de hierro, y quiere hacerle tragar sus alimentos adulterados, y beber su agua corrompida, y respirar su ambiente mefítico, entonces ese pájaro, ese poeta, si se llama Gerardo de Nerval, y es ateo, canta, pero muere ahorcado á la reja de una prostituta; y si se llama Enrique Heine, y es impio, canta, pero muere maldiciendo de la creacion; y si se llama Zea, y es cristiano, y buen hijo, y buen hombre, no canta sino se aturde, se enronquece, se hincha, y un día, confundido en la turba de los hombres vulgares, muere entre la indiferencia de los unos y la completa ignorancia de los demás.

Zea no cantaba; no sabia, no acertaba á cantar. La música puede ser hija del sentimiento, pero nunca de la desesperacion.

Un día llamaron á la puerta de Zea, en ocasion que su pobre madre estaba sola. El hombre que habia azechado este momento, era de la absoluta confianza de la familia. Su profesion de agente de negocios, y otras circunstancias mas atendibles aun, le ponian á cubierto de todo linaje de prevenciones. Traía este hombre la pretension de que la infeliz muger firmase al pié de un escrito con nombre de otra señora ausente de Madrid, á la que iba á irrogársele gran perjuicio en sus intereses si por el mismo dia no firmaba cierta demanda. Aquella firma era una obra de caridad, y la madre de Zea firmó. Aquella firma, sin embargo, autorizaba el robo de una fortuna.

Bien pronto los tribunales entendieron en delito de estafa con suplantacion de nombre y rúbrica: el único criminal cayó en poder de la justicia; pero la índole del procedimiento exigia investigacion de cómplices. Una circunstancia, que ignora, hizo girar el nombre de la madre de Zea por entre los interesados en el proceso; y aun cuando los antecedentes de esta honrada señora, su vida ejemplarísima y su retraimiento de todas las cosas del mundo la ponian á salvo de la menor sospecha, era preciso interrogarla. El escribano que actuaba en el asunto procedió á dar este paso con la mayor reserva, esperando que una simple negativa bastaria para terminar aquella parte de la actuacion; pero ¿cuál no seria la sorpresa de este funcionario al escuchar de boca de la anciana que era ella la que habia estampado la firma al pié del escrito? El carácter que le llevaba allí impedía al escribano desentenderse de semejante declaracion; con todo, un sentimiento de caridad muy loable, le impulsó á advertir á la pobre señora, que puesto que ella negaba toda participacion en el asunto, de lo que el juzgado tenia completas pruebas, era harto sensible la excesiva veracidad que usaba entonces, pues esta sola bastaba, según las leyes, para hacerla incurrir en gravísima responsabilidad.

La madre de Zea se desentendió de aquel noble consejo, y cuando en último extremo, llevada á presencia del juez para prestar declaracion y, previo juramento, se le dió á reconocer la firma, espuso: «que ignoraba de todo punto el negocio justiciable; que no tenia la menor participacion en él y ni aun hubiera sabido leer el escrito de que se trataba; pero que ella no podia faltar á la verdad, y que por

consecuencia declaraba suya la firma estampada al pié.»

Ante una tan terminante confesion, toda lenidad era imposible. Con asombro y con dolor á la vez, no solamente del magistrado y los asistentes, sino de las mismas personas interesadas en el esclarecimiento de los hechos, la infeliz señora fué llevada á la cárcel.

Reflexionad ahora en la sorpresa, en el espanto, en la desesperacion que se apoderaria de nuestro infortunado amigo al tener noticia de este horrible suceso, que era la primera tambien de todo el asunto. Yo recuerdo perfectamente su estado, porque mas de una vez tuve la dicha de consolarle. Su amargura no conocia límites, su excitacion febril le ponía al borde de la insensatez.

Y no era la mancha de su nombre, ni las habillitas del vulgo, ni su descrédito personal lo que Zea temía en esta ocasion; pues en las almas puras y en los nobles corazones hacen poca mella los tormentos de la opinion desatentada; era mayor aun su pena y mas infinito su dolor, porque... debo decirlo todo, sí; ante la gravedad de la muerte, ante la indiferencia

de un cadáver, deben deponerse las ridículas vanidades del mundo: Zea estaba desnudo, hambriento, miserable; sus recursos se habian agotado completamente; su pobre madre, anciana, enferma, contristada por los pesares y las desdichas, pero limpia siempre y pura del contacto de todo mal, se veía en esta ocasion confundida con la bez de su sexo en el inmundo calabozo común de una cárcel española, entre las costumbres mas groseras, entre los crímenes mas repugnantes. Y no se diga que la edad amenguaba esta vez los horrores del espectáculo, no; la piel de armiño es siempre joven.

Zea hizo por su madre lo que nunca hubiera hecho por sí propio. Habló, pidió, suplicó á cuantos podían interesarse en su alivio, y hasta recibió algun día (lo cual es un dato insignificante para los que conocíamos la noble altivez de su carácter) algun consuelo de los que indefectiblemente necesitaba la pobre presa. Pero jamás un alivio para él; jamás en lo triste de su posicion se consideraba autorizado para abusar de nadie, siquiera sus amigos le ofreciesen la pobreza de los mas, la abundancia nunca exuberante de los menos. Zea, debo proclamarlo aquí á la faz de la muerte, repito, y casi en presencia de Dios donde no se puede mentir; debo proclamarlo para fortificacion de los débiles, para continencia de los pródigos; y mas que todo, para honra suya y desagravio de la juventud actual, groseramente calumniada por quien no la conoce; Zea, que ganaba un mezuquino salario dando lecciones de esgrima, lo llevaba á su madre á la prision casi entero, reservándose solo para sí dos reales diarios, con cuyo único recurso vivió en Madrid mas de año y medio. Muchos de los que me escuchan saben que es verdad lo que digo, que nada hay aquí de exagerado, que nada hay de poético; pero, ¿á qué me esfuerzo en aseverarlo? Todos vosotros haríais lo mismo en un caso semejante.

Y Zea era un hombre de talento superior que podia haber engañado á los demás bajo cualquier forma; que podia haber puesto su númen á merced de la intriga, de la farsa, de eso que se llama arte de vivir; que podia haber elevado, digo mal, deprimido su esto hasta la adulacion de los poderosos, lo cual ha sido siempre elemento de fortuna; que podia, en fin, pues sus atroces desdichas lo disculpaban todo, incurrir hasta en el crimen que se achacaba á su madre, y que ejecutado con ánimo de tal y execucion de joven, tal vez habria obtenido un éxito contrario al de la presa; pero nada de eso hacia, nada de eso se le ocurrió, nada de eso hubiera podido ejecutar. ¿Sabeis por qué? (he dicho que no habia poesia en mi relato, y he mentido); porque era poeta.

La poesia tiene su práctica en la vida humana, práctica que no es sino la consecuencia natural de esas teorías que establece á la vislumbre del misterio, pero verdaderas y exactas aun cuando se agiten en el mundo impalpable de la fantasia. El alma del poeta, alma de lo bello, alma tambien que aprecia lo deforme en toda su imponente exactitud; alma de divinas inclinaciones, pues siempre se convierte al lado de la aurora aun cegada por las nieblas del ocaso; alma parcial en sus instintos, como que escoge el bien á primera vista entre los horrores del mal; el alma del poeta, que aparece irrisoria ante la vulgar multitud, porque solo percibe el tinte rosado de los objetos, esa alma,

tan capaz de concebir grandes empresas, es también la mas susceptible de ejecutarlas. Oid á la misma multitud llamar idealidades, ensueños y delirios á las concepciones de esa alma: es el mundo común que se rebela contra las teorías que no está dispuesto á practicar; pero si piensa así, si rechaza lo que cree superior á sus fuerzas, que reconozca y admire, al menos, la heroica realizacion de esos delirios.

Si, delirio es arrastrar una vida miserable en medio de una sociedad que convida á poca costa con goces y comodidades sin cuento; delirio es andar hambriento y haraposo por conservar la honra, cuando á poca baja se pueden lucirse galas y organizar festines; delirio es manifestarse ingenuo y perecer, en un mundo donde todos mienten y disfrutan; delirio es si quereis el observar la conducta de Zea; pero ese delirio es cabalmente la práctica de los versos, la realizacion mundana de las teorías divinas, el mas insignie ejemplo de concordancia entre el alma y el cuerpo del poeta. Por eso á los que preguntaban durante las tribulaciones y miserias de nuestro amigo: «Si es poeta, ¿por qué no canta?», —se les podría contestar ahora: «Era poeta y cantaba; pero no tenía mesa en que escribir. Coged su historia; estudiad sus virtudes, su resignacion, su fé: en todos esos ejemplos de su vida de mártir, dejó trazado un gran poema: vosotros no tenéis mas que versificarlo.»

Habia colocado Dios cerca de Zea, una de esas criaturas que la Providencia coloca siempre al lado del infortunio, para probar que es una ley eterna la ley de las compensaciones. Si hoy no fuera viuda; si su carácter de tal no la espusiera á las miradas de todos, con peligro de acrecentar su dolor violando su modestia, yo os diría cómo el alma de esa joven, amalgamada é infundida en el alma de nuestro poeta, acompañó y soportó por espacio de ocho años todos los pesares de que era testigo; yo os diría con qué resignacion, con qué ternura compartió por un largo período las desgracias del hombre á quien habia jurado fé en dias mas bonancibles, y del que nada esperaba á no ser la muerte de su muerte. Porque Zea, que no habia engañado jamás á nadie, habia ocultado mucho menos á la única persona que le quedaba en el mundo toda la verdad de sus desdichas. Él vivía solamente para su madre, y ni aun para esta alcanzaban las fuerzas ni los recursos de su vida. La joven, sin embargo, desoyó hasta los consejos de la prudencia, y se resignó, ó por mejor decir, persistió gozosa en su santa tarea de endulzar las amarguras de nuestro amigo.

Un dia pareció amanecer menos nublado para ambos: Zea contaba con la proteccion de un ministro, y quiero decirlo para consuelo; esta proteccion era solo debida á la fama de sus virtudes é infortunios.

El ministro Egaña, á quien los jóvenes dedicados á las letras deben excelente memoria y gran agradecimiento, llevó cerca de sí á cuantos tuvo noticia de que necesitaban y merecian apoyo, en cuyo número fué incluido Zea. La posicion de oficinista, aun cuando estraña al carácter é inclinaciones del poeta, no fué para él embarazosa, antes bien se avino á sus necesidades de reposo: ella le proporcionaba además una ayuda segura para su madre, y esto era todo lo que ambicionaba por entonces.

La causa seguía entre tanto su lento curso, pero con los auspicios mas favorables. La parte interesada en el proceso, el escribano que lo seguía, el fiscal que habia de pedir, el juez que habia de sentenciar, todos parecían y eran en efecto defensores de la acusada. Mas de una vez el magistrado que inquiría la existencia del crimen, depuso á la puerta de la prision su inflexibilidad de juez para recomendar á carceleros y asistentes los mayores miramientos con la pobre acusada; mas de una vez ese digno ministro, cuyo nombre siento no recordar ahora, lloró teniendo á Zea en sus brazos, por no poder desentenderse de la ley y absolver á su madre. Su inocencia era evidente; pero su crimen era penable por los códigos. —¡Honor aquí á ese modelo de magistrados! ¡Una palabra de sentimiento para la incompetencia de la justicia humana!

No duró mucho tiempo la tranquilidad de nuestro infeliz amigo. El primer cambio ministerial, acaecido en breve, alteró como es costumbre el personal de la Administracion pública, y uno de los primeros empleados que quedaron cesantes, fué Zea. Se habia cometido en su colocacion una gran arbitrariedad: ¿qué títulos, qué antecedentes, qué merecimientos tenia aquel pseudo-poeta, que ni aun versos componia, para disfrutar un empleo de escribiente con ocho mil reales? La infamia fué corregida bien pronto como he dicho, y en el puesto de Zea fué colocado, segun las leyes, el hijo de una señora, el hermano de un contratista, ó el nieto de un elector. —¡Cuán ageno estaria aquel desdichado ministro, pues el desdichado es él, de que al firmar la destitucion de Zea, podría firmar tal vez tres sentencias de muerte!

Y efectivamente, el momento no podia ser mas oportuno, porque la causa criminal estaba en vísperas de fallarse; el *minimum* de la pena pedida era algunos años de reclusion; acordada esta, tenia que salir la acusada para un presidio de mugeres, adonde no contaba su hijo ni con amigos, ni con protectores, ni con recurso alguno: ¿qué iba á hacer aquel desgraciado de su madre? ¿Cómo uno y otro podrían sobrevivir á tanta desdicha? ¿Y cómo una tercera persona que lo observaba y lo sufría todo sin tener ni aun el derecho de lamentarse, porque ese derecho se le niega en casos como este á nuestras jóvenes bien educadas, cómo ella soportaría también la horrible catástrofe que amenazaba á todos?

Un dia, el mas cruel de la vida de Zea, fueron á anunciarle que, en virtud de una orden superior, acababa de salir para el presidio de Alcalá una cuerda de mugeres perdidas, entre las cuales iba atada su madre. ¡No se habia podido prorogar por mas tiempo la ejecucion de la sentencia! Poseído entonces de esa fiebre que solo deben haber experimentado el asesino ó el suicida, voló el infeliz á casa de cuantos pudieran conmovirse con las lágrimas de un hijo desolado; y un hombre de corazon, otro poeta, un

amigo leal que ya en muchas ocasiones habia demostrado á Zea las nobles prendas de carácter que posee, usando del favor que su posicion política le proporcionaba entonces, arrancó una Real orden en el acto mandando volver la sentenciada á su prision de Madrid. —¡Honor también á ese otro joven, cuyo nombre todos conocemos y cuya excesiva susceptibilidad no me atrevo á herir pronunciándole!

Zea partió en el momento en busca de su madre; ¡jamás hijo alguno ha ido á encontrar á la suya en el estado que él la vió! Cerca de tres años de prision, de escasez y de quebrantos habian destruido su naturaleza: marchaba á pie, desfallecida, extenuada, moribunda: otra legua de camino, y la sentencia de destierro habria sido una verdadera sentencia de muerte. Renunció á pintar una escena que no presencié y que Zea no contó jamás. Básteme decir que hijo y madre volvieron á andar la legua que los separaba de Madrid, porque ninguno podia volver de otra manera. Con tales medios marchaba ella á la correccion, y él agenciaba su libertad.

Por fin un dia amaneció la hora del indulto, obtenido gracias á la generosa influencia del hombre á quien aludí poco há. La pobre madre pudo volver al seno de su casa para disfrutar los cuidados de su nueva hija, pues que Zea acababa de casarse á la sombra de un modesto haber que recibía por su inutilidad en la redaccion de un periódico, y que compartió con la joven que amaba el dia que la muerte de su madre la dejó huérfana.

He dicho que Zea cobraba un sueldo por su inutilidad y desgraciadamente no he mentido. El poeta no servía ya para nada. Un asma nerviosa y convulsiva á veces, adquirida á fuerza de pesares, de escasez y de abandono, iba aniquilando su cuerpo: una debilidad moral, cuyo origen no necesito exponer, habia aniquilado su espíritu. Zea estaba ordinariamente taciturno, distraído y como asombrado; habia perdido la animacion de su rostro, la energia de su carácter y hasta el gracejo de su palabra. Con la hinchazon de sus carnes, producida por la enfermedad, la palidez de su color y la pérdida de sus cabellos, parecia un viejo cuando todavía era muy joven.

En tal estado asomó de nuevo la calma en su modesto hogar con el hallazgo de un segundo protector. Otro ministro de la Corona, el Sr. Rios Rosas, á quien la juventud literaria de Madrid debe también no poco, se acordó por relacion de sus amigos, pues que no le conocía, del poeta arrojado del Ministerio; llamóle espontáneamente y le concedió dos ascensos en la Secretaria. La aurora asomaba de nuevo y con visos de estabilidad.

Zea rompió su pluma de poeta y de escritor político, que tan pesada se habia hecho en sus manos, y circunscribió su vida á su madre, á su esposa y á su destino. Un solo año de tranquilidad introdujo la satisfaccion y el contento en su casa: allí no habia mas que dos esposos, el uno para agradar al otro, y dos hijos para cuidar á una madre.

Ahora bien; ¿tendré que recordaros que hoy hace ocho dias que murió Zea? —No. Pero lo que sí quiero haceros reflexionar es sobre el estado de esa esposa, de esa madre que le han visto salir muerto de su casa, ¡Dios habrá premiado á nuestro amigo con las bienaventuranzas del justo; pero ¿quién cuidará de esas pobres mugeres aquí en la tierra? No quiero continuar la serie de pensamientos amargos que se agolpan en tropel á mi imaginacion. —Una palabra no mas, y concluyo.

A nosotros nos toca hacer algo en el límite de nuestras estrechas facultades. Reunamos las obras de nuestro amigo, que muchas de ellas inéditas pueden hallarse con facilidad; ordenémoslas; procuremos que se impriman dignamente; coaliguemos nuestros medios de publicidad para dar la fama merecida al poeta que es, y mucho mas aun al que debió ser; y un dia, cuando podamos llamar á la puerta de esa viuda y de esa anciana, si es que sobreviven á la catástrofe; cuando podamos llamar á su puerta con un libro en la mano, les diremos: —«He aquí una ofrenda de la amistad; sirva, aunque pobre, de recurso á los que perecen.»

Estas palabras, no por la forma en que fueron expresadas, sino por el gran fondo de verdad y sentimiento que en sí tenían, produjeron en el alma de sus oyentes la emocion que de corazones generosos podia esperarse; y acto continuo, sin que precediera proposicion alguna calculada, ni reflexion que pudiera achacarse á estudio, convinieron todos en cooperar á tres puntos principales: ir primero á consolar á las dos infortunadas viudas, asegurándoles un reposo á su cuerpo, ya que fuese imposible restituirles la tranquilidad del espíritu: constituirse en comision despues para implorar de la régia munificencia una pension que remunerase los servicios prestados por el padre de Zea, teniente que fué de armas y maestro del rey Fernando; y por último, arbitrar los medios necesarios para recoger é imprimir dignamente las obras del poeta.

Tres comisiones se formaron para estos fines: á la primera pertenecieron todos; para la segunda fueron nombrados los señores D. Pedro Calvo Asensio (á quien por dos veces se habia aludido en el escrito anterior) D. Gregorio Cruzada Villamil, D. Antonio Flores, D. Juan de Cougigni, D. Julian Santin de Quevedo y el señor marqués de Heredia. —Esta comision, recibida que fué inmediatamente por S. M. la Reina, con la benevolencia y agrado que nunca encareceremos bastante, quedó autorizada en el acto mismo, por decision de S. M., para indicar la suma con que el patrimonio debía contribuir anualmente en beneficio de las desgraciadas por quienes se pedía: hoy la pension pende solo de las formalidades á que estos asuntos se sujetan en la Intendencia de Palacio.

La otra, y tercera comision, compuesta de los señores D. Ventura Ruiz Aguilera (compañero inseparable y amigo cariñoso del difunto), D. Manuel Fernandez y Gonzalez, D. Eulogio Florentino Sanz, D. Juan de la Rosa Gonzalez, D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Luis Mariano de Larra, D. Rafael Galvez Amandi, y el que firma estas líneas, pro-

cedió sin pérdida de tiempo á los trabajos de su cometido. Buscó, recolectó, ordenó las obras mas notables del poeta; y cuando así lo tuvo hecho se acercó al ministro de la Gobernacion del Reino, como gefe natural de Zea por el destino que ocupaba á su fallecimiento, y como jefe también de la casa en que el Estado imprime y publica las obras que merecen el honor del apoyo nacional. —Era ministro del ramo á la sazón el Sr. D. Manuel Bermudez de Castro, y todo lo que la comision puede decir en su elogio es, que sin acabar de oír las razones en que fundaba su súplica, ordenó á nombre de S. M., y seguro del régio beneplácito, que el Estado costeara la impresion de las *Obras de Zea*, entregando la edicion íntegra á su viuda. Pero la inestabilidad del poder en España privó al Sr. Bermudez de Castro del placer y del honor, que ambas cosas fundaba en ello, de refrendar el decreto en que se concede la gracia; decreto que rubricó su inmediato sucesor el Sr. D. Ventura Diaz, y dicho sea en honra suya, sin otra excitacion que la primera que le hicieron los nobles jóvenes y bien renombrados poetas, amigos de Zea, que ocupan un distinguido lugar en la Subsecretaría del Ministerio.

Con tales antecedentes, pues, en los cuales nos hemos detenido demasiado, sin otro fin que el de demostrar que comienzan las letras á ser en nuestra patria objeto de veneracion y culto, como lo son en todas partes, y como un tiempo lo fueron ya en España mismo; al paso que pretendemos dejar consignado el consolador contraste del infortunio con la caridad, del olvido con el recuerdo, de la indiferencia con la gloria, de la ingratitud con la justicia; con tales antecedentes, repetimos, aparecen hoy las *Obras de D. Francisco Zea*, tributo al mérito reconocido, por una parte, y medio por la otra de proporcionar desahogo á las pobres criaturas que lloran hoy como el primer dia la muerte de un hijo y de un esposo, que las sumió en orfandad eterna.

Ahora bien: ¿necesitaremos encarecer aquí la accion del que, meditados tales antecedentes, se apresure á comprar este libro? (1)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

EL CASTILLO DE CARISBROOKE,

PASEO FAVORITO DE LA REINA VICTORIA.

Puesto que en el número anterior del MUNDO PINTORESCO dedicamos algunas palabras y un precioso grabado á la isla de Wight, donde pasa la reina Victoria muy grandes temporadas, nos ha parecido oportuno en el presente ofrecer á nuestros lectores una vista del sitio mas encantador y romántico de toda la isla, que es también el paseo favorito de la reina cuando abandona su mansion real. Merece por cierto esta honrosa distincion. El castillo que lo domina, hoy casi arruinado, se llama Carisbrooke, y es célebre en la historia de Inglaterra. Su construccion se atribuye á los romanos, fundándose en ciertas palabras de los *Comentarios de César*, que hacen verosímil la suposicion, y sus torreones han sido teatro de escenas muy dramáticas. En Carisbrooke se encerró el famoso *Juan sin tierra*, cuando arrepentido de haber aceptado la *carta magna*, meditaba de acuerdo con el Papa las horribles traiciones cuyo aborto le habia de producir la espantosa fiebre que le llevó al sepulcro; y en Carisbrooke se encerró á su vez Carlos I, rey tan voluntario como infeliz, que perdió su trono y su cabeza por su falta de carácter. Aun se enseña en el cuerpo mas moderno del edificio, una ruinoso ventana por donde dicen que pretendió escapar y que no cupo su cuerpo entre los hierros; pero esta debe de ser una fábula, pues ni Mr. Guizot, que con tanta imparcialidad y mesura ha escrito la historia de aquellas alteraciones, refiere semejante tentativa, ni tampoco la refiere Oliverio Goldsmith en su *Historia de Inglaterra*, que tradujo y popularizó en nuestro país D. A. Fernandez de los Rios. Ambos escritores concuerdan en que cuando el ejército del Parlamento fué á prenderle á la isla de Wight, Carlos no quiso dar oídos á los que le aconsejaban la fuga, y se entregó á los soldados, que fué como entregarse á sus verdugos.

¡Inescrutables designios de la Providencia! la romántica ciudadela por cuyos fosos pasea con indiferencia la reina Victoria, ha sido la cuna de la grandeza de su reino. Sin la *carta magna* y sin la revolucion del siglo XVII, no seria hoy la Inglaterra señora de los mares.

Las magestuosas ruinas de Carisbrooke ocupan la situacion mas pintoresca que puede imaginarse. Enfrente tienen el mar, y reclinada en su falda la ciudad de Carisbrooke y el frondoso parque donde cazan los príncipes y los cortesanos. El arco que se vé en la lámina en primer término es la puerta principal del castillo que dá á un gran patio, especie de campo de Marte, donde se hacían las evoluciones militares. Aquí recibió el ejército del Parlamento á Carlos I, á aquel atolondrado joven que hizo á España un viaje de amor con Buckingham, y mas tarde otro de aturdimiento á la eternidad.

(1) Un tomo de 600 páginas perfectamente impreso, que se vende á 20 reales en la administracion de EL MUNDO PINTORESCO, y por conducto de sus correspondientes de las provincias.

APUNTES DE UN DIA DE CAMPO.

I.

Porque el diablo no tuvo que hacer saltó un ojo á su hijo.—No tenia yo nada en que pensar, y se me ocurrió asimismo una gira de campo.

Al punto lo participé á un amigo; este á otro suyo; aquel á un tercero, y no tardó en haber opinion y en instalarse, para satisfacer sus justas exigencias, una junta de gobierno.

Yo obtuve la presidencia; de los otros tres miembros de que se componia el consejo, uno era hermano mio; así la junta podia marchar desembarazadamente, porque en caso de empate, era nuestra la mayoría.

La primera sesion se consumió en recordar todas nuestras amigas.—Fueron eliminadas las feas, y aun hicimos el sacrificio de las bonitas que tenian novio.—Al aire libre no podia respirar sino gente libre. Pensamiento propio y muy propio de una junta de gobierno.

Ya se cuenta con diez y siete bellas; faltan cinco, por lo menos, si ha de tocar á mas de una, como es natural el sexo feo: la junta se reúne para designar el reemplazo.—Sesion acalorada: de los junteros cada cual sigue un parecer contrario al que se sienta á su lado; no hay posible acuerdo.—Y es que una gravísima cuestion incidental ha sobrevenido: para poner una bella mas se necesita cargar con tres feas.—Se duda, se teme, se piensa, se vuelve á pensar; se corre peligro inminente de llevarlas; pero Dios se apiada de nosotros, y la nube negra que nos amenazaba se disipa.—¡Todas serán bonitas! ¡triumfo notable de la discusion libre!

Menos trabajo costó ponerse de acuerdo acerca de las viandas que habian de llevar los viandantes.—Un repartimiento á modo de vecinal, por grupos ó familias, dió felicisimos resultados.—El *Omnibus* que despues las conducia, podria haber llevado por emblema un cuerno, el de la abundancia.

Y á propósito.—Cierta sugeto, no recuerdo por qué, prohibe á una de las hermosas elegidas que concurra á la gira.—Alevosía que produce grande alarma y subleva los ánimos, pero en la cual ella, que se atreve á obedecer, tuvo sin duda la mayor parte.—La teoria de la fidelidad era para la junta irracional, inadmisibile.—Sin embargo, ella nos produjo ¡felizmente produce pocas cosas! una pérdida irreparable.

En medio de esta y otras decepciones se ofrece un alto ejemplo de abnegacion: otra amante prefiere su independencia y su palabra á sus ocultos compromisos.—Esto la hace perder, como si dijéramos, sus empleos, su novio; pero los miembros de la junta comentando á posteriori este sublime rasgo, se ofrecen todos á amarla en cambio, y no será difícil que alguno de ellos entre por fin en ajuste.—La bella en cuestion lo merece, aun sin contar con su sacrificio: ¡tiene unos ojos!...

Ya, en fin, se pasó la vispera...

ya la enemiga del día
su negro manto descoje;—

Ya está acordada la fiesta: convenida la hora y designado el punto de reunion. La aurora de la mañana saludará nuestra dichosa partida.—¡Qué día tan feliz!

II.

Lenta y perezosamente, como gente que salta del lecho temprano, se fué reuniendo la hueste masculina, compuesta de pollos, mozaletes, mancebillos y gallos con espolones, alguno de los cuales ha doblado ya á estas fechas en el inevitable viaje de la vida, el cabo de la cuarentena.—Ofrécese á la vista una coleccion variada de tapa-cabezas. El hongo está en mayoría; pero al mismo tiempo se divisan ora un sombrero ali-corto á la marinera; ora uno ali-ancho á lo segador; ora una gorra de castor con, ó sin, vueltas de paja. La mia era de esta clase y su explicacion necesitaria un grabado; fortuna que no era sola.—Un sombrero de calle se presentó; mas para hacer allí el mismo papel que un gorro de dormir en balle.—*Non hic erat locus.*—Hay hasta en la cabeza que guardar algunas reglas de retórica.

Las señoras—como de costumbre—llegaron hora y cuarto despues de lo convenido.—Los trajes claros y el zapato bajo; parecen de uniforme.—Crúzanse escusas, tal vez miradas cariñosas de ambas partes (esto no pasa por la mia de una sospecha) y la comitiva se pone en camino. Ya hubiera querido el pueblo fiel ir mas alegre por el suyo aunque esperaba nada menos que llegar á la tierra de promision.

III.

Es un hermoso día de mayo, del mes de las flores.—Nos encontramos á orillas del Manzanares, bajo las frondosas alamedas del Vivero.—¡Quién no le conoce en Madrid! Es el campo de los que no le tienen; la quinta de todo el que gusta de ella; el tercero ó la tercera de mas de una intriga amorosa, de mas de un placer inocente, de mas de un desahogo juvenil.—Es el *Paradise Lost* de aquel encompetado de John Milton, que sabe Dios si, á apercibirse de que estaba aquí, á orillas del Manzanares, hubiera él perdido el tiempo en componer su poema.—Paraiso chiquito, eso sí, como destinado por Dios exclusivamente á las muchachas madrileñas y á los ángeles caidos que andamos tras ellas.

Vedlas como obedeciendo á su instinto se dedican á coger, á deshojar, á atormentar á sus pobres hermanas las rosas.—Gracias si al cortarlas las regalan ó las colocan en su seno para que ellas de par sí se deshojen.—Nosotros en tanto, casi sin pensar en ello ofrecíamos capullos cerrados á las unas, capullos entreabiertos á las otras, rosas hechas á estas, y á aquellas rosas un tanto marchitas.—Admirable poder de la justicia distributiva, que aun por instinto se ejercita en el mundo.

Al reparar en aquella profusion de rosas encarnadas, rosas blancas y rosas amarillas fué precisamente cuando eché yo de menos, entre nuestras compañeras, una muy bella que pasó por la tierra volando con las alas de un ángel; era tambien de un ángel su virtud.—¡Ay! Ella corrió en corto tiempo las tres fases de la rosa: capullo sonrosado primero, esperanza de su madre y encanto de los amigos de su infancia; blanca rosa despues, que brindaba á todos los corazones felicidad y ternura; luego al fin rosa amarilla, triste en sus hojas, dulce en el aroma que sube al cielo.

IV.

Todavía pensaba en ella y en su virtud perdida para el mundo cuando me llamaron al almuerzo.—Los hombres son prosaicos por naturaleza: de ellos nace en esta ocasion la idea, anteponiendo su apetito material, á cualquiera otro sentimiento. No son mas las viandas que el *introito* necesario para elevarse á la adoracion de las botellas. Oyese ya el ruido de las copas y de los brindis sazonados de chistes: esto quiere decir, que no tardará en despertarse el amor.

Recuerdo que de punto en punto se enrojecian las caras en la hueste masculina; y que tambien se coloreaban suavemente las mejillas de las bellas.—Pero este doble efecto no se debía á unas propias causas.—En mi gremio le producía el néctar que saboreaba; en el de las hermosas, el calor de las floridas frases que herian de cuando en cuando sus oidos.

Poco á poco se anima el cuadro.—Unos se levantan, otros se sientan, éste habla, aquel calla para oír lo que le hablan; quien desafia los enojos de una hermosa para caer luego en sus redes; quien corre como la mariposa de flor en flor, sin fijarse en ninguna; cual se esfuerza en dar color y forma de discurso á los sentimientos que una belleza le inspira; cual se ofrece como victima melancólica á los ojos desdeñosos de su amada; y todos en confusa algarabía, ora apasionados, ora retraidos, ya alegres, ya taciturnos, bien walsando á los compases de un organillo, bien corriendo en torno de las glorietas, unos en busca de nuevas rosas, otros arrancando ramas para tejer coronas, olvidan que hay pesares en esta vida que llenan á veces los ojos de lágrimas; y se entregan al desvanecimiento ó la alegría. En medio de aquel bullicioso torbellino, solo un corazon purísimo refleja en su semblante alguna tristeza. Era un corazon sin novio, por causa célebre, por causa de fidelidad.—¡Pobre Evelina!

V.

Son las tres de la tarde.—Nos hallamos descansando á la sombra de una espesa enramada.—Una noria convertida en *Tío Vivo* nos ha dado mucho que hacer, y estamos rendidos, y dedicados á la pacífica distraccion de poner y acertar charadas.—Verdad es, que ellas sirven de pretexto para hacer comprender cosas que sin duda no se habrian significado de otro modo en algun tiempo.—El tiempo es precisamente lo que mas anda en estas giras de campo.

La animacion por algunos momentos se apaga.—Hay quien duerme, sin ser Endimion, á los ojos de su hermosa.—Hay de estas algunas que entornan los ojos, reclinadas las frentes en los árboles, sentadas sobre el césped blando, que sirve de alfombra; los mas de los labios enmudecen, y si los corazones palpitan, secretos son estos que no pueden violar siempre la historia.—Del mio sé decir, que no se

estuvo quieto un momento.—¡Ni cómo podria ser en medio de tantas hermosuras!

Una hora despues, la animacion era general otra vez.—Volvió á sacar la cabeza el amor; á salir de sus casillas la alegría. El sol iba entibiando sus rayos; y es en los meses en que hay flores, muy mal compañero de fiestas el sol.

Ya estamos en el segundo acto de la comedia, el cual tiene un desenlace, natural, plausible, agradable aunque no inesperado:—la comida.

VI.

Hubo apetito; hubo sed.—¿Cuándo no se sintieren estos estímulos en el campo, y en buena compañía?—Todo pasó como por la mañana; solo que á medida que avanzaba el día, todos íbamos estando mas alegres.

Nos hallamos, como de sobremesa, á orillas del Manzanares, debajo de un sauce, viendo correr tranquilas las aguas: los rayos del sol ya no molestan y á lo lejos se descubre un horizonte que cautiva el ánimo.

Nadie dominaba ya enteramente sus sentimientos por lo mismo que habia mas concentracion y mas silencio.—Yo propio, que hasta entonces habia afectado indiferencia, fui arrastrado por ellos y dejé escapar de mis labios palabras que podian pasar por una declaracion de amor.—Tal era el sitio, tal la ocasion. Pero no quiero ocuparme de lo que á mi toca. Quizás los sentimientos que brotaron en mí á la sombra del ramaje, en presencia de las flores y al suave arrullo de la corriente, crezcan un día y constituyan la dicha ó el martirio de los dos.

Todo es posible.

VII.

Finis coronat opus ¿Cuándo no? Ya se acerca el término, ya llega la hora de la partida. La luna aparece, y sus reflejos penetrando al través de las enramadas dibujan luceros en las aguas, en el suelo de las sombrías alamedas, en las frentes de las bellas, al oscilar de los árboles.

Por do quiera se oyen gritos, ¡á los coches! ¡á los coches! Aquel busca su gaban, esta su abanico, yo me encargo de inquirir el paradero de una sombrilla. No le fué mas difícil á Ulises dar con su Itaca.—Pero, al fin, cada cual encuentra ó da por perdido lo que busca, y subimos en los coches: una casualidad constante coloca á cada uno donde está mejor, y se dá la voz de partir.—En lo interior del carruaje donde á mí me llevó mi desgracia, íbamos seis bellas y dos feos.—No se si igual proporcion otorgó la fortuna á los otros.

Entonces fué de ver la bulla y gritería que acompañó al estridor ingrato de los carruages y á las voces desentonadas de sus aurigas.—En un coche se cantaba la tonadilla de la Traviata; en otro se entonaban los ayes lastimeros del Trovador; en cual la célebre *casta diva*; en cual la seguidilla del Postillon; tan pronto se cultivaba el género festivo, tan pronto el sentimental; y de esta suerte habia para todos los gustos y para todas las impresiones del día.

Una por una, nuestras amables compañeras fueron quedándose en sus casas, y dejándonos á nosotros, pobres individuos del sexo feo, en el mas fastidioso abandono.—Pase que se quedasen solos los otros; ¡pero yo que habia sido el autor de la gira, no merecia que alguna de aquellas sirenas me llevase consigo?—Así no hubiera asistido á la desgarradora escena que tuvo lugar cuando cerradas las portezuelas de un coche, nos hallamos solos, *vis á vis* y empolvados y molidos los miembros de la noble Junta de gobierno, á quien correspondia el honor de la jornada.

No debió ser mayor que el nuestro el disgusto de Medusa, al ver convertidos en serpientes sus cabellos de oro.

E. CÁNOVAS.

LOS PIRATAS CALLEJEROS.

CUADROS DE COSTUMBRES

por

D. MANUEL FERNANDEZ Y GOMEZALBA.

II.

EL PIRATA DE LAS REINAS DEL ESTRAJO.

(Continuacion.)

Desde que la nacion del *felix in uteroque* perdió sus posesiones en el uno de los dos, con lo que no sabemos si ganó ó perdió (dejando á un lado el orgullo), es decir, desde que no tenemos Indias, á lo que es lo mismo, desde que la torre del Oro de Sevilla se convirtió en torre de viento,

y quedó reducida á servir de padron al recuerdo de los tiempos aquellos en que Méjico y el Perú nos enviaban las barras de plata y oro por miles de quintales y las perlas por fanegas; desde que nada de esto es para España mas que una conseja, Madrid ha venido á convertirse en las Indias de España.

No hay miseria que pueda dejar su terreno en toda la estension del *Africa europea* (vulgo España) ó del *avant-propos* de Europa, viniendo de Africa (como podria decir un francés culto) que no monte en el coche de San Francisco, ó en el burro de un arriero, ó en el carronate de un cosario, y dé con su humanidad sola ó acompañada, flaca ó rolliza, en la villa y corte de Madrid, despues de un largo viaje, hecho con no sabemos cuantas fatigas, cuantos apuros y cuantas perdidas (si de mugeres se trata y de ellas tratamos) hasta que logran poner la planta asendereada en el meson, fin y remate á veces negro y acedo, de su expedicion en busca de fortuna.

No nos vamos á ocupar aquí á propósito de los que á buscar dinero vienen á la corte, ni de los cesantes, ni de los obreros, ni de los literatos, ni de los sastres, ni de otra multitud de castas y subgéneros, que están arrojando las provincias en una oleada continua sobre Madrid: nuestra investigacion va á reducirse, como lo reza el epigrafe de este artículo, á las *reinas del estropajo*, vulgo doncellas de servir.

Esta es una clase, que como otra cualquiera, viene á buscar fortuna sirviendo á los que ya la tienen ó aparentan tenerla.

Pero obsérvese que en esa innumerable masa de fregomas que absorbe Madrid dentro de sus tapias (alguno sin pararse en licencias las hubiera llamado muros), no encontrareis sino como una escepcion, ninguna doncella que haya nacido en nuestras provincias del Mediterráneo.

Ni catalanas, ni valencianas, ni murcianas, ni andaluzas, ni extremeñas, encontrareis en Madrid gimiendo bajo el duro yugo de la servidumbre y haciendo gemir á sus amos: la industriosa Cataluña tiene trabajo y jornal para todas sus hijas, y las otras feraces provincias no son tan madrastras que no den á sus hijas pan, siquiera sea de maiz, que comer en el hogar paterno, sin que se vean obligadas á comer el pan siempre duro, aunque sea candeal, de la proserpcion.

¡Y, raro fenómeno! las que no se ven obligadas por la miseria á abandonar los lares patrios, son hijas de nada, y las que abandonan sus lares para que no se las conviertan en tumba, son hijas de algo.

Acontece que un hidalgo gallego, asturiano, montañés ó vizcaíno, que posee dos vacas y un prado de vara y media, lo cual adquirió con el dinero que hubo siendo acémila de líquidos ó sólidos en la villa imperial y coronada, y que al adquirir su algo, adquirió una marusa rolliza de las que allá se quedaron milagrosamente, porque con las que han estado por acá, no se casa ningun maruso, astur, montañés ó vascongado que tenga sangre limpia; acontece decimos, que uno de estos honrados industriales que han convertido su capital en una renta, acrecentada con el algo que ha llevado á la choza nupcial su muger, se encuentra al cabo de algun tiempo con que su muger le ha dado mas descendientes de los que él hubiera deseado para perpetuar su nobleza: y que las vaquillas no bastan, ni las gallinejas, ni el gorrino, para mantener á la prole.

Entonces el hidalgo dice: es necesario aligerar la hacienda de esta langosta; ¿y qué hace? agarra la muchacha de quince y la niña de doce, y buscando un arriero, para lo cual á veces las desdichadas tienen que andar á pata algunas leguas, hasta la ciudad mas próxima, se las entrega y le dice: llévatelas á Madrid y cóbrate como puedas.

Y como al arriero no se le ha hecho firmar inventario de las prendas con que se le entrega el padre, el arriero para cobrarse, suele tomar en el camino alguna de las prendas que las muchachas traen consigo.

Las de estas pobrecillas que entran en Madrid con todas las prendas que de su casa sacaron, es porque han tenido la suerte de dar con un arriero cristiano (*rara avis*) ó de venir acompañadas de personas caritativas.

Acontece tambien con suma frecuencia que las que salieron de su casa con propósito de ser doncellas de servicio, al poco tiempo de estar en Madrid se encuentran con la mas productiva posibilidad de servir de vacas humanas, es decir, de amas de cría.

Clasifiquemos.

Asturias, Galicia y la montaña, tienen por completo el monopolio de la lactancia de los hijos de Madrid.

De este género no tenemos que ocuparnos tratándose de los piratas callejeros, porque el pirata callejero huye del ama de cría, y solo por escepcion y cuando es demasiado incitante, la acomete.

Las provincias vascongadas monopolizan el empleo de niñera, de doncella y de cocinera, situaciones que, bien mirado, no son mas que los ascensos de una carrera.



Las locas.

Estos tres géneros, la niñera, la doncella, y la cocinera son los bocados de regalo del pirata de la raza criaderil, porque... nadie tiene niñera, ni doncella, ni cocinera, que no tenga buen empleo ó buena industria y buena suerte; y como la vanidad es ingénita en el hombre, y quien tiene dinero puede satisfacerla, y es una especie de vanidad llevar muy emperequilada á la niñera y tener bellamente vestida á la doncella, y nunca parecen mejor los trages bonitos que cuando son bonitas las que los llevan: y como la cocinera se hace de la doncella, por regla general, como siempre se hace la doncella de la niñera, de aquí, que en general niñeras, doncellas y cocineras vascongadas son bonitas y á veces hermosas, en la escala de edades siguientes: de los catorce á los veinte ó veinte y dos, y de aquí á los veinte y seis ó veinte y ocho, y no mas, con pocas escepciones, porque cuando la cocinera ha llegado á esta edad, como sirve á buenos amos, se ha hecho un dote mas que decente con la *sisa* y con la *tasa* y con los *provechos*, y encuentra con facilidad un confitero, ó cualquiera otro industrial, ó bien el cochero ó el mayordomo de la misma casa donde guisa, que sin meterse en averiguar su historia (porque ningun hombre de buen sentido se mete á indagar la historia de una muger), se casa con ella y se den por muy felices habiéndose casado.

Aparte del ama de cría, de la niñera y de la cocinera, las demás hijas de las provincias del norte de España, incluyendo Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, vienen á formar la gran masa del ejército sirvientil, del cual las otras no son mas que las clases superiores.

Empecemos, pues, con el tipo objeto de este artículo: ó por mejor decir, con los dos tipos, con las dos mitades que constituirán su objeto: con el sacrificador y con la víctima, tratando de la cual no sabemos quien lo sea, si el pirata ó la doncella de estropajo.

Asistamos á la *toilette* de una de estas damas, hecha entre las dos luces matinales, en la cocina, sirviéndola de tocador una silla de Vitoria y un pedazo de espejo, y de efectos medio peine, el aceite del velon, un huevo para lustrarse la cara y que á veces sirve tambien de bandolina (1) porque la señora ha notado que la bandolina suya se gasta de una manera immoderada, y la encierra bajo llave.

La reina del estropajo se munda, se desnuda, se lustra, se afana por imitar el peinado que hace la peñadora á la reina de la casa y las princesas si las hay, y si hay princesas nunca falta á la criada ni bandolina con olor, ni aceite riquísimo, ni jabon exquisito, porque las señoritas en general están muy obligadas á sus domésticas, y cuando ya la doncella de cocina se ha restaurado, púestose la bata nueva, la chaqueta y los mitones en el verano, ó en invierno el manto y los guantes de estambre, y el pañuelo flamante de la fábrica de Talavera en la cabeza, sin olvidar el incommensurable mirriñaque de estopilla que oculta la bata, coje la cesta, empuña el picaporte, y sale ya de día claro, cuando el sol apunta, sin olvidarse de tomar antes de salir un bocado, de lo que se sisó de la comila del día anterior, antes de ponerlo en la mesa de los señores, ó sino lo hubiese, porque la economía no permita esta sobresisa, un pedazo de pan, á fin de tener brios para andar y darse el aire que

(1) A la vuelta de algunos años, nadie va á poder acertar lo que quiere decir la frase bandolina, aplicada al tocador de una muger, como ahora los eruditos por mas que se dan de calabazadas, no aciertan á explicar sino por medio de hipótesis inaceptables, lo que, tratándose de manjares, significan los *duelos* y *quebrantos* con que se encuentra el lector en el momento en que empieza á leer el legionario hidalgo. Bandolina en castellano ha significado siempre un instrumento músico de cuerda. En nuestros dias la palabra bandolina, tratándose de un utensilio de tocador, denomina un encimiento mucilaginoso, con el que se lustra y fija á los cabellos. Esta voz es una importacion del francés, que viene de la palabra *bandeau*, banda, porque empezó á usarse este elemento de tocador, para armar, fijar y lustrar los cabellos peinados en banda.

debe darse una buena moza, sin que lo impida ni la desmaye el vacío del estómago.

Hemos presentado á la criada de planta baja, ya en ciertas condiciones de elegancia relativa á su posicion, porque el pirata callejero, si es de buena ley, si es verdadero pirata, nunca gasta su tiempo ni sus recursos con lo que no merece la pena, sino con lo que tiene algun mérito positivo. Y cuando la muchacha de servir es hermosa, ó cuando menos bonita, nunca la falta preñera que por sola la fianza de su cara no la lie, ni algun mancebo de ultramarinos que no la regale, cuando no es algun señor viejo que la emperifolla, y á quien es muy cómodo un entretenimiento barato, que solo le entretiene de quince á quince dias.

Cuando veais una muchacha de servir, pobremente vestida, y á todas luces con los últimos deshechos de sus amas, que va por su camino con su cesta en el brazo, empuñados en la una mano los pocos reales de la compra, y en la otra el picaporte, sería y disgustada, como quien

no tiene motivo para estar contenta con su suerte, si es hermosa ó apetecible dejalla: no gasteis vuestro tiempo en valde: su miseria y su hermosura os dicen claramente que es honrada ó altiva, y que no vende su honradez ó su orgullo. Dejalla, os digo, y acometad á aquella otra, á cuya salida de la cocina ha precedido un tocador minucioso.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se continuará.)

LAS LOCAS.

Pocos de nuestros lectores habrán dejado de visitar algunos de esos piadosos asilos que ha inventado la caridad cristiana para separar de nuestra vista el mas doloroso de todos los espectáculos; el de la demencia; pocos habrán que por curiosidad de viajero, por aficion de filósofo, por capricho de artista ó por distraccion de hombre desocupado, no hayan visitado alguna vez el famoso Nuncio de Toledo, el Hospital de Valencia, la casa de locos de Zaragoza y Sevilla, ó la nueva que con arreglo á los adelantos modernos se acaba de construir en Leganés y que ha sido teatro recientemente de una sangrienta catástrofe; y seguramente el que se halle en este caso habrá fijado su atencion en las mugeres, en las locas, que son sin duda mas dignas de estudio que los hombres, porque sus manías son mas es-céntricas, mas raras, mas incomprensibles. El que haya como nosotros lanzado una mirada investigadora desde las ventanas de la Casa-hospicio de Valencia al patio en que se solazan al aire libre las trecentas y mas locas del establecimiento, no habrá podido menos de estremecerse de horror. Cada uno de aquellos rostros desencajados, cada una de aquellas manos convulsivas que os tienden al veros, cada una de aquellas palabrotas con que os saludan, es el lúgubre eco de un pensamiento tenaz y estraviado que se agita en los desiertos de su imaginacion.

En las mugeres la locura casi siempre reconoce el amor por causa; pero el amor sensual, duélenos decirlo. Solo una pobre jóven hemos visto, la poética y desdichada marquesa de T... que está en el Nuncio de Toledo, que solo abre sus labios para pronunciar palabras dulces, lo que ha dado ocasion á los loqueros y á las gentes meticulosas para decir que ha perdido la razon leyendo novelas; pero en cambio ¡cuántas locuras oscenas, repugnantes, asquerosas! El elima semi-africano del reino de Valencia influye de tal modo en las mugeres, que la administracion ha dispuesto con mucha cordura reservar al público sus habitaciones. Hasta las ventanas de que hemos hablado son vigiladas cuidadosamente por las hermanas de la caridad.

El caprichoso autor de la lámina que representa una escena de locas nos ha contado la historia de esa viejecilla que aparece en el fondo, alargando la mano, historia singular, porque no es de amor ni de vicio. Una rica viuda del principado de Asturias dió en sus últimos años en la manía de la avaricia hasta un extremo, que pasaba las noches en claro pensando si sería posible que alguna vez se viera pobre. Puesto en tension su cerebro de una manera horrorosa, acabó por enfermarse de falta de sueño, y entonces soñó dos noches que pedía limosna á la puerta de una iglesia. Se cree vulgarmente que lo que se sueña tres noches se realiza al cabo. Si soñó ó no soñó la viuda, nadie lo sabe; pero su paradero ha sido una casa de locos: no diremos cuál, porque aun vive ella, aun pide limosna á todas sus compañeras, con mano temblorosa como esas pobres vergonzantes que vemos á las puertas de las iglesias.

Por todo lo no firmado:
BARRANTES.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1858.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez.
calle del Arco de Santa María, núm. 7.